

TESTIGOS DEL AMOR

Mártires de Cristo de la
Congregación de Hnas.
Dominicas de la Anunciata

Hna. María Otilia González O.P.
MADRID
2004

«Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos»

Jn. 15,13

Hablar de mártires es hablar de testigos. Testigos de Alguien por quien dieron sus vidas. Por eso, no se puede hablar de martirio sin hablar de amor, de un amor fiel, vivido perseverantemente a lo largo de la vida. De un amor que es más fuerte que la muerte.

"Hablar de martirio es hablar de un amor fiel
vivido perseverantemente a lo largo de la vida".

Siempre me ha impresionado una frase que he oído repetir muchas veces «*se muere como se ha vivido*», esto, claro está, cuando la muerte llega anunciándose y hay que decirle sí como se ha dicho sí a la vida. Y esta aceptación sublime y serena de la muerte, de la propia muerte, implica una heroicidad grande que sólo es posible a partir de una vida de entrega y amor. Y en el caso de personas religiosas de una vida de amor, entrega y fidelidad a Dios.

Así ha sido la de ellas, la vida de las siete Hermanas Dominicanas de la Anunciata que en aquél verano sangriento de 1936 entregaron sus vidas definitivamente a Dios, en tierras de Cataluña. Sus nombres:

Ramona Fossas Románs,
Adelfa Soro Bó,
Teresa Prats Martí,
Otilia Alonso González,
Ramona María Perramón Vila,
Reginalda Picas Planas y
Rosa Jutglar Gallart,

quedaron para siempre inscritos en el Libro de la Vida. Perseguidas por ser Religiosas, detenidas y arrastradas a la muerte violentamente, y cruelmente asesinadas, dieron testimonio ante Dios y ante los hombres de su fe y amor a Jesucristo, a quien habían consagrado sus vidas. Nada les hizo retroceder. En los difíciles momentos de la prueba final se mantuvieron firmes en su ser y condición de Religiosas, se apoyaron unas a otras para que ninguna desfalleciera, y juntas, como habían vivido, cinco en Barcelona y dos en Manresa, ofrecieron a Dios el sacrificio de sus vidas.

"Dieron testimonio ante Dios y ante los hombres de su fe y amor a Jesucristo".

foto de alguna de las Hnas. mártires

Quiénes fueron, dónde y cómo vivieron, cómo murieron y por qué, es lo que pretendo presentar brevemente en estas páginas. Nos lo cuentan testigos que las conocieron y trataron personalmente: familiares, amigos, padres de alumnas, vecinos y Hermanas de la Congregación que con ellas convivieron en diferentes lugares y circunstancias. Todos ellos coinciden en afirmar que eran personas virtuosas y ejemplares, que ya desde niñas manifestaban deseos de servir a Dios y a sus prójimos, que no escatimaban oportunidades de donación y entrega a los demás. Tenaces en la conquista de su ideal, firmes en su decisión de ser Religiosas, superaron pruebas y dificultades que no les faltaron. Optaron conscientemente por la Vida Consagrada y eligieron la Congregación de las Hnas. Dominicas de la Anunciata. Vivieron con entusiasmo el carisma de su fundador el Beato Francisco Coll y Guitart O.P. y siguieron su ejemplo de fe, esperanza, caridad y vida apostólica.

Foto del Padre Coll de Vic

Dignas hijas de tan santo y apostólico Padre, contribuyeron como nadie a escribir hermosas páginas de nuestra historia, la historia de la Congregación de Hnas. Dominicas de la Anunciata, que cuenta casi ciento cincuenta años de existencia.

I. UNAS VIDAS SENCILLAS, ABIERTAS AL AMOR

RAMONA FOSSAS ROMÁNS

Foto de Ripoll

Nació en Ripoll (Gerona) el 1 de noviembre de 1881. Sus padres, José Fossas Batet, de oficio carpintero, y Ramona Románs Sadurní, eran modelo de vida cristiana familiar. Desde pequeña confiaron su educación a las Hnas. Carmelitas de la Caridad en el Colegio de Ripoll, y Ramona creció acompañando a sus padres en las prácticas cristianas, acudiendo asiduamente a la iglesia, frecuentando los sacramentos y rezando diariamente el Rosario en familia.

Tenía un carácter serio pero era agradable, siempre solícita por el bien de los demás. Destacaba entre sus compañeras por su sensatez y piedad, por su modestia y laboriosidad. Al pasar los años fueron haciéndose más patentes las virtudes y buenas cualidades de la joven, que dócil y obediente a sus padres, ayudándolos en todo cuanto podía, aún encontraba tiempo para ejercitarse en la piedad y hacer obras caritativas entre los vecinos.

Al morir su padre en 1900 y siendo la mayor de cuatro hermanos se dedicó intensamente a ayudar a su madre en el sostenimiento de la familia. Además de cuidar a sus hermanos que mucho la respetaban y querían, trabajaba como modista.

Todos pensaban que tenía vocación para la Vida Religiosa pero Ramona, silenciosa y trabajadora, creía su obligación ayudar a su madre sin pensar en sí misma. Hasta que un joven del pueblo se interesó por ella para el matrimonio y su madre le dijo al chico que se lo preguntara a ella, que Ramona era libre para casarse si quería, ante lo cual la joven abrió su corazón a la madre y manifestó lo que desde hacía mucho tiempo era su deseo.

Eligió la congregación de Hnas. Dominicas de la Anunciata y entró en Vic (Barcelona) el 6 de julio de 1903; después del tiempo de postulante y noviciado, hizo su profesión el 17 de agosto de 1905. Durante su vida religiosa fue asignada a diferentes lugares: Vic, Villanueva de

Castellón, Valencia, S. Vicente de Castellet, Játiva, Castell del Remey, Gerona, Pineda, Canet de Mar, Montserrat y Barcelona en la casa de la Calle Trafalgar.

Activa, diligente, sacrificada y muy recta de conciencia ejerció su ministerio como súbdita o como superiora, siendo en todas partes el alma y sostén de sus Hermanas y colegialas. En la casa de Montserrat trabajó incansablemente en la formación de las numerosas jóvenes empleadas en los diversos quehaceres del Monasterio.

Foto de la Hna. Fossas con niñas

«Nunca he pensado en que pueda ser mártir. Pero, si me toca serlo lo seré de buen grado con el auxilio de Dios».

Los testimonios de las Hnas. que con ella convivieron son unánimes al manifestar que era una religiosa ejemplar, muy austera y exigente consigo misma y con los demás en el cumplimiento del deber; seria, pero cercana a las personas, se hacía querer y disculpar su rigor, a veces excesivo. Amable, delicada, humilde y muy fervorosa, eran, entre otras, virtudes que todos reconocían y admiraban en la Hna. Fossas.

En ella se cumplió la palabra que su Director espiritual el Rvdo. P. José Ausió, arcipreste de Ripoll, le dijo al despedirse cuando marchaba al noviciado: «Procura no manchar jamás el blanco sayal dominicano que con la ayuda de Dios vestirás a no ser que fuera salpicado con manchas de sangre», a lo que ella serenamente respondió: «*Nunca he pensado en que pueda ser mártir, se lo confieso. Pero tenga Ud. la seguridad, Padre, de que si me toca serlo lo seré de buen grado con el auxilio de Dios*». Y así fue, la Hna. Ramona Fossas fue la primera en dar su vida por Jesucristo aquel 27 de julio de 1936. Tenía 54 años.

ADELFA SORO BÓ

foto de Villanueva de Castellón

Nació en Villanueva de Castellón (Valencia) el 6 de marzo de 1887. Sus padres, Rafael Soro Bó y Dionisia Bó Rubio, eran piadosos cristianos.

Cursó los estudios primarios en el Colegio de las Hnas. Dominicas de la Anunciata en su pueblo natal mostrándose siempre muy aplicada y capaz para el estudio. Su padre, que era músico, quiso dar a su hija una educación esmerada, enseñándole piano, pero ella decía que no tenía aptitudes para la música, a pesar de tener una linda voz. Sin embargo, después, en la Congregación, llegó a ser una excelente pianista y profesora de música.

Favorecida por un ambiente familiar muy piadoso, vivía una vida de recogimiento y oración en su propia casa, diariamente iba con su madre a la Iglesia, frecuentaba los sacramentos, pertenecía a la «Asociación de las Hijas de María» y rezaba diariamente el Rosario en familia. Su salud era frágil y al manifestar a sus padres el deseo de ser religiosa, ellos se opusieron al principio, temiendo por su salud, pero le dieron permiso más tarde al comprobar que su vocación era segura.

Ingresó en las Dominicas de la Anunciata, que tanto admiraba y quería, el día 3 de marzo de 1905 y después del tiempo de postulante y noviciado profesó en Vic (Barcelona) el 30 de abril de 1907. Su primer destino fue S. Andrés de Palomar (Barcelona) como profesora, allí le tocó vivir en 1909 los tristes sucesos de la «Semana Trágica» cuando les incendiaron el convento y tuvieron que abandonarlo a toda prisa; siendo entonces, la Hna. más joven de la comunidad le correspondía salir la primera, pero quiso ser la última, aún con grave peligro de su vida.

Las Hermanas que convivieron con ella dan testimonio de que era una religiosa muy virtuosa y observante, entregada a su trabajo y al bien de las alumnas. De inteligencia clara y gusto bien cultivado era competentísima en diversos aspectos culturales: ciencias, literatura, dibujo, música y labores. Siempre se mostraba disponible para ayudar a Hermanas o alumnas en su tiempo libre. Su carácter, alegre y jovial, dulce y delicado, cautivaba las simpatías de las alumnas y sus muchas cualidades le granjearon también alguna que otra envidia e incompreensión por parte de alguna Hermana que mucho la hicieron sufrir, sin que nadie oyese una queja de sus labios; al contrario, se mostraba siempre dispuesta a disculpar a todos, especialmente a las Hermanas.

Después estuvo destinada en Salt (Gerona) donde ejerció un intenso apostolado. Su espíritu caritativo le llevó a ofrecerse para cuidar a una Hermana gravemente enferma a pesar de sus muchas ocupaciones, y así lo hizo sacrificando sus tiempos de recreo y descanso.

Por último, fue destinada a Barcelona, al Colegio de la calle Trafalgar, donde se mostró siempre de carácter optimista y procuraba alentar a las Hermanas más temerosas ante los acontecimientos que se sucedían aquellos años. Cuando su familia la invitó a volver a casa temiendo lo peor, contestó que no volvía pues «si Dios la destinaba al martirio, lo aceptaba gustosamente». Y eso fue exactamente lo que hizo. Tomada por los superiores la decisión de que la comunidad de la calle Trafalgar se dispersara, fue una de las pocas religiosas que se mantuvieron intrépidas al lado de la superiora, Hna. Ramona Fossas, para hacer frente a los acontecimientos. Y murió junto con ella el 27 de julio de 1936. Tenía 49 años.

"Su mayor anhelo era ser fiel a Dios y corresponder a su vocación".

De la Hna. Adelfa testifica el Rvdo. Felipe Pitxot Colomer, canónigo de la Catedral de Vic y capellán de la Casa Madre cuando Adelfa era novicia: «Era religiosa ejemplarísima, muy mucho deseosa de su santificación, no anhelando más que su fidelidad a Dios y corresponder a su vocación, de lo cual puede deducirse que era alma toda de Dios».

TERESA PRATS MARTÍ

foto de Ciutadilla

Nació en Ciutadilla (Lérida) el 8 de enero de 1895. Sus padres, Antonio Prats Capris y María Martí Salló, eran sencillos labradores. En su pueblo hubo un convento de Padres Dominicos hasta la exclaustación de 1835.

Teresa frecuentó la Escuela Nacional y en ella recibió la instrucción elemental hasta los 13 años. Al salir era ya una competente costurera y delicada bordadora, oficio al que se dedicó para ayudar económicamente a su familia.

Joven piadosa asistía con asiduidad a la iglesia, recibía los sacramentos, participaba de la «Asociación de las Hijas de María» y formaba parte del coro parroquial. El ejemplo de varias amigas que dejaron el pueblo para hacerse religiosas despertó también en ella el deseo de consagrarse a Dios y dedicarse al apostolado. Se sentía atraída por las Hnas. Dominicas de la Anunciata en las que podría dedicarse al apostolado con las niñas. Su padre se opuso violentamente a su vocación y ella tuvo que aguardar hasta ser mayor de edad. Durante esos años de espera se dedicó a obras de caridad y apostolado, instruía a los niños en la doctrina cristiana, visitaba y cuidaba enfermos, consolándolos y remediándolos en lo que podía.

A los 23 años se dirigió a Vallfogona, y las Hnas. Dominicas de esta población la acompañaron a Montserrat en cuyo taller de costura, dirigido también por las Hermanas,

permaneció dos años trabajando. Ingresó en Vic el 11 de septiembre de 1920 y, después del tiempo de postulante y noviciado, profesó el 5 de abril de 1922. Quedó destinada en la Casa Madre dando clase de labores y atendiendo el pensionado de niñas.

Las Hermanas que la conocieron destacan de ella su carácter extremadamente caritativo, ayudando siempre a todas con gran abnegación y renuncia de sí misma, prestándose a hacer los trabajos más humildes con naturalidad y alegría. Le gustaba ayudar en el cuidado de las Hnas. ancianas en la enfermería, y cosía hábitos y demás prendas para el noviciado.

"Día tras día, se esforzó por lograr que el amor de Dios fuera el único móvil de todas sus acciones".

Después fue destinada a Horta (Barcelona) donde dio pruebas de gran paciencia y espíritu de sacrificio, con ocasión de una grave infección de oídos que padeció en silencio. Asignada últimamente al Colegio de la calle Trafalgar de Barcelona como cocinera prosiguió en su empeño de servir a todos con humildad, desviviéndose por ayudar tanto a las Hermanas como a las señoras pensionistas o a las alumnas.

Día tras día, se esforzó por lograr que el amor de Dios fuera el único móvil de todas sus acciones y cada vez se mostraba más a los ojos de los demás como religiosa ejemplar en el cumplimiento de sus obligaciones y en su piedad. Con el martirio culminó su vida de entrega silenciosa a Dios y a sus prójimos. Murió junto con las Hnas. Ramona Fossas y Adelfa Soro el 27 de julio de 1936. Tenía 41 años.

OTILIA ALONSO GONZÁLEZ

Foto de Nembra

Nació en La Enfistiella-Nembra (Asturias) el 31 de diciembre de 1916. Sus padres, Hermenegildo Alonso Álvarez y Rosa González García, eran piadosos cristianos. Quedó huérfana de madre a los 2 años de edad. Cuando tenía 4 años, su padre se casó en segundas nupcias con Esperanza González Sánchez que cuidó y educó cristianamente a Otilia y a sus once hijos.

Recibió la instrucción primaria en la Escuela elemental del pueblo y después frecuentó el Colegio de las Hnas. Dominicas de la Anunciata en Caborana (Asturias) donde se quedaba interna durante la semana.

Su padre era miembro de la Adoración nocturna; en su hogar, profundamente religioso, se rezaba cada día el Rosario y se cumplía el precepto dominical, aún cuando nevaba y fuera preciso recorrer largas distancias. Los niños nunca faltaban al Catecismo. Otilia participaba de todo esto con verdadera piedad, y cuando sus ocupaciones le dejaban algún tiempo libre buscaba en el pueblo alguien a quien ayudar. De carácter bondadoso y decidido, conocía bien las casas y necesidades de todos y se ofrecía voluntariamente para echar una mano en lo que fuera preciso.

El trato con las Hnas. Dominicas despertó en ella el deseo de imitarlas haciéndose Religiosa. Con apenas 16 años pidió ingresar en la Congregación y fue admitida, siendo trasladada a Vic (Barcelona) donde entró el 17 de abril de 1932, después del postulante y noviciado profesó el 15 de octubre de 1933.

Fue destinada al Colegio de Horta (Barcelona) donde empezó a estudiar la carrera de Magisterio. Las Hnas. que convivieron con ella dan testimonio de su carácter alegre y jovial, de

sus virtudes y deseos de ser una buena religiosa. De su disponibilidad para ayudar siempre a las demás.

"Quería ser una buena Religiosa"

Cuando en 1936 comenzó la persecución religiosa pidió a la Madre General que la destinara a Asturias para poder reunirse con su familia en caso de excomunión. Fue enviada a la casa de la calle Trafalgar para aguardar allí el momento oportuno de viajar para Asturias. No llegó a realizar tal viaje; vinieron a buscarla, sí, pero para conducirla al martirio. Tenía apenas 19 años. Murió santamente después de dos horas de agonía el mismo día 27 de julio de 1936.

RAMONA MARÍA PERRAMÓN VILA

«Todo por amor».

foto de Vic

Nació en Vic (Barcelona) el 28 de agosto de 1898. Sus padres, Ramón Perramón Ginestós y Ana Vila Codina, eran sencillos labradores.

Recibió la instrucción elemental en el Colegio de las Religiosas Perpetuas Adoratrices, en el mismo centro de la ciudad. Siendo aún niña entró en casa de Dña. Dolores Romeu para servir como niñera. Esta familia, sólidamente cristiana y muy piadosa influyó eficazmente en Ramona que crecía en la virtud. Los señores, la recomendaron a las Hnas. Dominicicas de la Anunciata y éstas, la admitieron en las clases de la Escuela Dominical por ellas regentada. A los pocos años ingresó en la fábrica de D. Luis Camprodón en calidad de tejedora, esforzándose por mantenerse en llevar una vida modesta y piadosa, a pesar del ambiente desfavorable que le rodeaba. Se impuso grandes sacrificios para poder asistir a Misa y comulgar cada día antes de entrar en la fábrica, a las 4 h. de la mañana, o permaneciendo en ayunas hasta mediodía para poder comulgar al salir. Hacía apostolado entre sus compañeras de trabajo y era estimada por ellas.

Sus padres desconfiaron de sus intenciones de hacerse religiosa y la oposición de su madre fue tan violenta que llegó a encerrarla en casa y a prohibirle volver a la Escuela Dominical; ella se sometió pacientemente; bajo la dirección del Dr. Isidro Cunill esperó hasta ser mayor de edad para realizar sus deseos.

Ingresó en la Congregación en septiembre de 1920 en calidad de Hermana cooperadora. Después del tiempo de postulante y noviciado fue admitida a la profesión y destinada al Colegio de la calle Trafalgar (Barcelona) donde pasó el resto de sus días entregada a los servicios domésticos más humildes.

Según el testimonio de las Hermanas y personas que la conocieron y trataron su entrega y disponibilidad eran admirables. Trabajaba siempre silenciosa, sonriente, sirviendo con sumo esmero, ya fuera a las Hermanas o a las señoras pensionistas y acompañando a las niñas, con verdadero celo de madre, por las calles Barcelona para llevarlas a sus casas.

Acertaba a ver a Dios en todo, lo mismo en las personas que en los acontecimientos. Trataba a las Hermanas con verdadera veneración sintiéndose siempre la última de todas. Su abnegación y sacrificio eran tan grandes que llegaba al heroísmo sin jamás quejarse de nada. Las Hermanas decían que era «*la humildad personificada*»; «muy trabajadora, de buen carácter y buen humor, piadosa y observante»; «muy obediente en el cumplimiento de cuanto se le mandaba y muy caritativa con todos». Por varios años sufrió una grave afección renal que le

provocaba muchas molestias y grandes dolores que soportó con paciencia, sin permitir nunca que las Hnas. más jóvenes hicieran el trabajo por ella.

Su lema personal era *«todo por amor»* y se lo repetía a sí misma guardando en lo íntimo de su corazón todos los sufrimientos que tuvo que padecer. Le aterraba la posibilidad de ser infiel al Señor y rezaba fervorosa y constantemente, suplicando con toda humildad la gracia de la fortaleza de los mártires, si llegaba a verse en semejante trance. Y cuando llegó la hora del martirio sufrió momentos de miedo y vacilación, y se reprochó a sí misma su cobardía; afianzándose en su propósito declaró: *«Sí, soy religiosa y quiero serlo»*. Sellando así con letras de sangre sus promesas de amor. Sobrevivió a las compañeras de martirio unas 24 horas y entregó finalmente su vida a Dios, el día 28 de julio de 1936. Iba a cumplir 38 años.

«Sí, soy religiosa y quiero serlo».

Sus palabras en las últimas horas de vida constituyen el testimonio más contundente del martirio del grupo.

REGINALDA PICAS PLANAS

foto de Borredá

Nació en Borredá (Barcelona) el 25 de mayo de 1895. Sus padres, Ramón Picas y Concepción Planas, eran de condición humilde. Su padre era tejedor. Como buenos cristianos procuraron educarla en la fe y la piedad.

Recibió la primera instrucción en la Escuela Nacional y después en el Colegio de las Hnas. Dominicas de la Anunciata, en su pueblo natal, misionado por el Beato Francisco Coll en 1845.

Durante la niñez se mostró siempre dócil y obediente a sus mayores, aplicada al estudio y ejemplar entre sus compañeras. De carácter alegre y jovial, llevó una vida sencilla y modesta. Desde jovencita tuvo que trabajar para ayudar a sus padres sin que disminuyera por ello su piedad. Le gustaba mucho el relato de las vidas de santos y especialmente de mártires; alguna vez se le oyó exclamar: *¡Ojalá pudiera ser mártir! ¡yo también quisiera ser mártir!*

Sintió desde su primera juventud la llamada a la Vida Religiosa, pero se creía imposibilitada para ella por su delicada salud. Le aconsejaron probar, y salió victoriosa; fue admitida en la Congregación de las Hnas. Dominicas de la Anunciata.

Ingresó en Vic el 24 de marzo de 1919 y, después del tiempo de postulante y noviciado, hizo su profesión. Fue destinada a Asturias y pasó por los Colegios de Bo, Oviedo, Ablaña y Gijón. Se dedicó a las labores y clases en los grados elementales. Trataba a sus alumnas con cariño y amabilidad y era estimada por ellas.

¡yo también quisiera ser mártir!

Padeció frecuentes enfermedades hepáticas y tuvo que someterse a varias intervenciones quirúrgicas muy dolorosas. Todo lo sufría sin quejarse y con infinita paciencia causando admiración a médicos y enfermeras.

En octubre de 1934 la revolución de Asturias le hizo vivir días de ansiedad y turbación sin saber lo que les esperaba. Después fue destinada a Manresa (Barcelona) donde le confiaron los párvulos; les atendía con solicitud de madre.

Por la experiencia vivida en Asturias pudo apreciar con nitidez la gravedad de los acontecimientos de 1936 en Cataluña. Era grande su temor pero estaba muy conforme con lo que el Señor dispusiera de ella. En lo más íntimo guardaba aquellos antiguos deseos de martirio. Al comienzo de 1936 dijo a una hermana en confianza: *«Dios no ha permitido en Asturias que fuese mártir, y aquí en Manresa padecí dos ataques de hígado que pensaba morirme pero Dios no lo quiso. A ver pues, si este año voy a conseguir el martirio. Así se lo he pedido esta mañana al recibir la Sagrada comunión»*. Y el Señor le concedió su deseo. Murió el 27 de julio de 1936 juntamente con la Hna Rosa Jutglar. Tenía 41 años.

ROSA JUTGLAR GALLART

foto de Sabassona

Nació en Sabassona (Barcelona) el 25 de enero de 1900. Sus padres, Pedro Jutglar y Dolores Gallart, eran sencillos labradores y buenos cristianos.

Recibió la Instrucción Primaria en el Colegio de las Hnas. Dominicas de la Anunciata en Folgarolas, en las cercanías de Vic, donde vivió el Padre Coll sus años de seminarista. Ya de niña manifestaba su carácter piadoso, era respetuosa, obediente a sus padres y muy caritativa. Desde jovencita comenzó a trabajar en una fábrica para ayudar a la familia y también allí fue modelo de laboriosidad, modestia y piedad para sus compañeras y para todo el pueblo.

Ingresó en la Congregación de la Anunciata en Vic el 19 de marzo de 1920 y después del tiempo de postulante y noviciado hizo su profesión el 30 de septiembre de 1921. Fue destinada al Colegio de Manresa donde estuvo durante toda su vida religiosa.

"Confiaba plenamente en el poder de la oración de los niños y les enseñaba a rezar por las necesidades de la Iglesia perseguida".

Según el testimonio de las Hermanas que convivieron con ella, fue siempre ejemplar en la observancia regular, amante del recogimiento y del silencio, puntual en acudir a los actos de Comunidad, dedicada plenamente al exacto cumplimiento de los deberes que le confiaron. Como sacristana era grande su celo y suma su delicadeza con las cosas de la iglesia y altar; era además muy devota de Jesús Sacramentado. Durante largos años tuvo a su cuidado los párvulos, a quienes trataba con mucho respeto y ternura. Confiaba plenamente en el poder de la oración de los niños y les enseñaba a rezar por las necesidades de la Iglesia perseguida.

De carácter optimista y jovial, sabía amenizar los ratos de recreación y se mostraba amable y obsequiosa con las Hermanas, siempre sonriente decía que se ejercitaba en el *«apostolado de la santa alegría»*.

La Hna. Ferret testimonia que *«en los días conturbados de la revolución rezaba y hacía rezar para que si llegara el caso de morir por Cristo, estuviésemos preparadas para dar la sangre por la Religión de Jesucristo»*.

Y efectivamente llegó para ella aquel 27 de julio de 1936. Tenía 36 años.

"Se ejercitaba en el apostolado de la alegría".

II. UN AMOR QUE SE HIZO ENTREGA TOTAL

El martirio sorprendió a estas siete Hermanas Dominicas, muertas a tiros por la única razón de ser RELIGIOSAS. Ellas no quisieron negar su condición y aceptaron ser conducidas a la muerte con oraciones en sus labios y sonrisas en sus rostros.

Los hechos se desarrollaron con tan increíble rapidez que no dieron tiempo a la mediación de otras personas. ¿Cómo fue? ¿Qué pasó en aquellos fatídicos días? ¿Cómo las asesinaron? ¿Cómo murieron? Todo está bien documentado en los testimonios recogidos en el proceso para la causa de su Beatificación, en ellos me apoyo para relatarlo.

Como sucedió en dos lugares diferentes, me referiré primero a las Hnas. que vivían en el Colegio de la calle Trafalgar de Barcelona, y después a las del Colegio de Manresa.

BARCELONA. COLEGIO DE LA CALLE TRAFALGAR

La casa de la calle Trafalgar en Barcelona fue fundada en el año de 1909 al alquilar las Hermanas los pisos número 50 y 52 para trasladar allí la comunidad y el Colegio.

Al estallar la revolución el 18 de julio de 1936 la Priora, Hna. Ramona Fossas, persuadida de que no corrían gran peligro, ya que el Colegio se había adaptado a las Mutuas Escolares-ideadas para salvar los colegios religiosos, en aquellos tiempos adversos a la Religión-y además mantenían un pensionado de señoras, insistió ante la Priora Provincial, que residía en la calle Elisabets, para que se uniera a ellas, pues aquí, nada le pasaría. Así lo hizo ésta, el día 20. Hasta el día 24 vivieron con relativa tranquilidad y pudieron asistir a Misa y comulgar en el oratorio del Colegio. Pero viendo la Madre Provincial que las cosas se ponían cada día peor y los sacerdotes tenían que refugiarse en lugares seguros, dispuso que se consumiera el Santísimo Sacramento, contra la voluntad de la Hna. Fossas que se disgustó mucho. Durante los días 24 y 25 la mayoría de las Hermanas vestidas de seglar, se dispersaron en casas de familias amigas quedando apenas seis religiosas en el piso principal y cuatro en el primero. Vestidas también de seglar como las señoras pensionistas que estaban en la casa pensaron pasar inadvertidas.

El lunes 27, hacia las 9 de la mañana, llegó un grupo de milicianos armados que registraron los dos pisos buscando objetos de valor y mostrando ensañamiento y furor contra cualquier objeto o símbolo religioso que encontraban. Se marcharon diciendo que ya volverían; por la tarde, hacia las 3h, sonaron largamente los timbres. Al asomarse a la puerta para ver lo que pasaba vieron la escalera llena de hombres armados. Estos hicieron allanamiento de morada y, para hacer el registro más a sus anchas encerraron a las Hermanas durante largo rato en una habitación. Después de haberlo revuelto todo les mandaron salir y las sometieron a un interrogatorio al que respondió con gran serenidad la Hna. Fossas. Les hicieron presentar la cédula y el carnet del sindicato, como no lo tenían comenzaron a sospechar. Las sospechas se confirmaron al oír a una de ellas tratar a la Hna Fossas de «Madre». Entonces una miliciana comentó: «Vaya madre con tantas hijas». Y un miliciano añadió: «¿Veis como son monjas?». A esto se sumó la delación de una mujer que se prestó a señalar quienes eran las religiosas y quienes las señoras seglares. Reconocidas como religiosas la Hnas. Ramona Fossas, Adelfa Soro, Teresa Prats, Otilia Alonso y Ramona Perramón las encerraron nuevamente durante un rato y después las hicieron bajar; las empujaron al interior de un camión y las condujeron de un comité a otro, sometiéndolas a las burlas y escarnios de cuantos presenciaron con alegría su detención.

Ellas, se mantuvieron firmes dando muestras de valor y de una fe inquebrantable. Llevadas a un piso de la barriada de Gracia las encerraron nuevamente en una habitación. Persuadidas del fin que les esperaba, la Hna. Fossas, las exhortaba para que permanecieran

valientes y serenas en la prueba final. En esta prisión los milicianos las sometieron a una fuerte presión para que abandonasen su estado Religioso proponiéndoles divertirse con ellos.

Entrada ya la noche y persuadidos de la inutilidad de sus tentativas, dijeron a las religiosas: «Vemos que realmente persisten ustedes en continuar siendo monjas; pues bien, las devolveremos a su convento como desean. Suban al camión que las llevará a su casa». Ellas subieron, pero al ver que el camión se dirigía hacia otra dirección, percibieron la inminencia de su fin. Ayudadas por las vehementes y fervorosas exhortaciones de la Hna. Fossas se prepararon para bien morir.

El camión fue ascendiendo hacia la cumbre del Tibidabo; tomó allí la dirección de Vallvidrera y al llegar a la curva –hoy denominada «Revolta de les Monges»- en la zona de «el Fero», se detuvieron. Entonces, una mujer miliciana que iba con ellos dijo: «Llevamos mucho polvo y aquí tenemos que dejarlo». Mandaron bajar a las Hermanas una tras otra y según ponían el pie en el estribo del coche, descargaban contra ellas y las mataban. Muertas ya las Hnas. Ramona Fossas, Adelfa Soro y Teresa Prats, dijo la miliciana: «A las jóvenes no hay que tirarles a la cabeza, sino al vientre, para que sepan lo que es padecer», y así lo hicieron descargando ella misma contra las Hnas. Otilia Alonso y Ramona Perramón que quedaron malheridas.

Pasado un rato acudieron al lugar de la ejecución unos señores dispuestos a ayudar a los heridos, y a la luz de las lámparas descubrieron tres cadáveres de mujeres recién muertas a tiros en la cabeza y otras dos tendidas en la cuneta que aún se quejaban. Las llevaron a un hospital de la Cruz Roja instalado en las inmediaciones, -porque aquél se había convertido en lugar de ejecuciones-. La Hna. Otilia solo vivió unas dos horas, habló algo con ellos, les dijo el nombre y la dirección de su familia para que les escribieran. Besaba con devoción un rosario y una medalla de la Inmaculada que ellos mismos pusieron en sus manos y murió santamente. La Hna. Perramón, a fuerza de inyecciones y calmantes fue reanimándose y dio cuenta detallada de los hechos. Intentaron sin resultado salvarle la vida. Murió santamente en la tarde del 28 de julio.

Sus cadáveres, recogidos por una ambulancia del Hospital Clínico, fueron identificados por el médico de la comunidad de la calle Trafalgar, D. Luis Fortuny Navarro, fotografiados e inscritos en el Libro de Registro del Depósito Judicial de Barcelona donde permanecieron algunos días, al no ser reclamados por nadie fueron enterrados en la fosa común del cementerio del Sud Oeste. . El cadáver de la Hna Perramón fue llevado a la sepultura desde el Hospital de la Cruz Roja.

Las fotografías de los cadáveres ensangrentados de las Hnas: Ramona Fossas, Adela Soro, Teresa Prats y Otilia Alonso se conservan y veneran en la Congregación. Cuantas personas, religiosas y seglares conocieron la vida, prisión y muerte de estas cinco Siervas de Dios no dudan en considerarlas verdaderas mártires de Jesucristo, sacrificadas únicamente por su condición de Religiosas, por su perseverancia y fidelidad en mantener hasta el final los compromisos de su profesión religiosa.

En el lugar del martirio donde fueron hallados los cadáveres y cuerpos malheridos de las Hnas., la Congregación de las Dominicas de la Anunciata con la correspondiente aprobación de la Diputación Provincial de Barcelona, hizo levantar en 1958 un monumento en su recuerdo. Se trata de una Cruz románica de piedra sobre base piramidal a la que se asciende por cinco gradas y en la que se leen los nombres de las cinco Hnas. mártires de la calle de Trafalgar.

Fotografía de la cruz

MANRESA. COLEGIO DE LA CALLE DEL BRUC

El Colegio de Manresa se fundó en el año 1884. El día 20 de julio de 1936 las Hermanas de esta comunidad tuvieron que abandonar la casa para refugiarse durante algunos días en casas de familias amigas hasta que pudieran reunirse con sus propios familiares.

Las Hnas. Reginalda Picas y Rosa Jutglar, se refugiaron con otras religiosas, en la casa del Sr. Bonada. El día 26 un grupo de milicianos practicó un registro en dicha casa del cual salieron sin ser reconocidas. Temiendo un nuevo registro decidieron cambiar de refugio y, contra la voluntad de los señores Bonada que les recomendaban quedarse, dado lo peligrosa que era la situación en la calle, les buscaron otra casa. Se ofreció a acogerlas la familia Costa Blasi. Y a esta casa se trasladaron el día 27, encontrándose allí con la Hna. Teresa Bosch de la misma comunidad que ellas.

Aún no había transcurrido una hora desde su llegada cuando se presentaron milicianos armados en busca de las dos religiosas; interrogaron a los niños que nada dijeron, amenazaron al dueño de la casa e intentaron llevarse a la Hna. Rosa para declarar en el comité. Entonces la Hna. Reginalda se adelantó diciendo que juntas habían llegado y juntas irían a declarar. Creyendo que les llevarían al Juzgado encargaron a la Hna. Teresa -que no fue reconocida- y al Sr. Costa Blasi que hicieran lo posible para librarlas cuanto antes de la prisión. El Sr. Costa Blasi subió con los milicianos al coche con intención de acompañarles, pero, a cierta altura le obligaron a bajar. Al ver ellas que se dirigían en otra dirección adivinaron lo que les esperaba y se pusieron a rezar.

El propio conductor del coche relató los hechos más tarde. Quedó hondamente impresionado por la mirada y la sonrisa que se dirigieron las Religiosas.

Salieron de la ciudad de Manresa por la carretera que dirige a Monistrol de Montserrat; antes de llegar a esta población se adentraron por un camino rural como medio kilómetro-en zona de campos de cereales, y hoy espacio deportivo de Tenis-, en las cercanías de la riera o arroyo llamado «Cornet», en la partida de Els Torrents del término municipal de Castellgalí, hicieron un alto. Saltó a tierra un miliciano y ordenó apearse a las dos religiosas, diciendo a su compañero: «Se ha de despachar a estas dos mujeres ¿Quieres tú encargarte de una?». El conductor respondió: «Yo, a sangre fría no mato a nadie». Entonces él les disparó, primero a una y después a la otra, pero no murieron en el acto. Sus quejidos de dolor y sus oraciones eran ahogados por las carcajadas del miliciano, que por dos o tres veces, simulando compadecerse de ellas, les daba la mano para levantarlas derribándolas después con una bofetada y disparando de nuevo. Por fin, cansado de su inhumano juego, las remató fríamente, y dejó abandonados sus cadáveres a la vera del camino.

En los días siguientes, fuertes lluvias retuvieron a los labradores en sus casas; aquél lugar, era poco frecuentado. Hallaron los cadáveres 3 o 4 días después de su asesinato. Avisadas las autoridades de la localidad de Castellgalí reconocieron los cadáveres por las cédulas de identidad que llevaban consigo; por el tipo de vestido supusieron que se trataba de religiosas del Colegio de Manresa. El comité propuso deshacerse de los cadáveres rociándolos con gasolina y prendiéndoles fuego, dado el estado avanzado de descomposición en que se encontraban; el Sr. Juan Garriga, secretario municipal, se opuso tajantemente a esta decisión y telefoneó rápidamente al Juez de Manresa para que interviniese. Enviada una ambulancia de la Cruz Roja preparada para el caso envolvieron los cuerpos en una manta de miliciano y así fueron conducidos al cementerio de Manresa, dándoles sepultura en un nicho particular.

En 1939 fue abierta la fosa sepultura ante algunas Religiosas de la comunidad de Manresa, se sacaron los restos envueltos en una manta, fueron colocados en una caja y depositados en un nicho del mismo cementerio, propiedad de la Congregación de la Anunciata.

En 1954, al tener que enterrar a otra religiosa en el mismo nicho, fueron reconocidos sus restos nuevamente dejándolos bien identificados. Allí reposaron hasta que en 1984, con motivo

de la celebración del centenario del Colegio de Manresa se decidió trasladarlos a la Iglesia de Ntra. Sra. De Valldaura, perteneciente al Colegio de las Hermanas. El traslado se hizo con toda solemnidad -el mismo día en que se trasladaron los restos del P. Francisco Enrich, O.P., sucesor del P. Coll, y fundador del Colegio- en una celebración que presidió el Obispo de Vic, Dr. Guix Ferreres, y que concelebraron varios Sacerdotes Dominicos y Diocesanos. Los restos de las Hermanas mártires fueron depositados en una capilla dedicada al Beato Francisco Coll en el interior de la mencionada Iglesia. En la tumba se colocó una lápida con la siguiente inscripción:

La sangre de los mártires es semilla de nueva vida...

Hna. Rosa Josefa Jutglar y Gallarch

Sabassona 25-I-1900

Hna. Regina Pilar Picas y Planas

Borredá 25-V-1895

Religiosas Dominicanas de la Anunciata de la comunidad de Manresa que ofrecieron su vida a Dios el 27 de julio de 1936.

La comunidad de Manresa en el Centenario de la Fundación del Colegio 12-V-1984

El día 28 de septiembre de 1943 se bendijo solemnemente el monumento erigido en su memoria en el lugar preciso de Els Torrents de Castellgalí donde habían sido asesinadas.

foto del monumento

Todas las personas, religiosas y seglares que conocieron la vida, prisión y muerte de las Siervas de Dios, les consideran como verdaderas mártires y como a tales les veneran y les invocan.

La Congregación de la Anunciata erigió un monumento a la memoria de sus siete hermanas mártires de 1936 en el jardín de la Casa Madre de Vic.

foto del monumento

III. EL PROCESO DE BEATIFICACIÓN, CANONIZACIÓN Y RECONOCIMIENTO DE SU CONDICIÓN DE MÁRTIRES.

La memoria de las Hermanas consideradas mártires no se apagó en la Congregación de las Dominicanas de la Anunciata, ni tampoco entre las personas que las conocieron. Las Crónicas de las comunidades de Barcelona y Manresa recogen los hechos y testimonios de primera mano; los testigos presenciales relataron y dejaron por escrito sus recuerdos de los acontecimientos de aquellos días.

El 9 de enero de 1958 en el palacio Episcopal de Barcelona se constituyó el Tribunal Eclesiástico encargado de investigar la fama de martirio de 12 mártires dominicos de Cataluña, entre ellos nuestras siete hermanas. Abierto el proceso informativo se recogieron todos los testimonios verbales y escritos desde 1958 hasta 1963. En la última fecha se clausuró la investigación diocesana, presidida como Juez Delegado por el Arzobispo de Fochow (China) Mons. Teodoro Labrador, O.P. Se llevó a Roma, y allí ha seguido su curso, adaptada a la nueva

legislación de 1983. En diciembre de 2003 los Consultores Teólogos dieron su voto favorable acerca del martirio de los doce Dominicos integrados en el grupo: las siete Hermanas mencionadas, la Dominica contemplativa Josefina Sauleda Paulís, las también Dominicas de la Congregación de la Enseñanza de la Inmaculada, Carmen Zaragoza Zaragoza y María Rosa Androver Martí y los Dominicos seculares: Antero Mateo García y Miguel Peiró Victorí.

La causa de Beatificación fue introducida en Roma el 28 de septiembre de 1992.